

LUIS PÁSARA

LA **ILUSIÓN** DE UN **PAÍS DISTINTO**

CAMBIAR EL PERÚ: DE UNA GENERACIÓN A OTRA

José **ALVARADO** JESÚS **Diana** **ÁVILA**

Capítulo 4

Alberto DE BELAUNDE **Salvador DEL SOLAR** **Fernando EGUREN** **Alberto GONZALES** **Álvaro HENZLER** **Max HERNÁNDEZ** **Indira HUILCA** **Natalia IGUIÑIZ** **Jimena LEDGARD** **Vania MASÍAS** **Farid MATUK** **Jaime MONTOYA** **UGARTE** **Abelardo OQUENDO** **Cecilia OVIEDO** **Tania PARIONA** **Fernando ROSPIGLIOSI** **Gerardo SARAVIA** **Cecilia TOVAR** **SAMANEZ** **Paloma VALDEAVELLANO** **Victoria VILLANUEVA** **Joseph ZÁRATE**

BIBLIOTECA NACIONAL DEL PERÚ
Centro Bibliográfico Nacional

985.004 I La ilusión de un país distinto: cambiar el Perú: de una generación a otra / [testimonios, Abelardo Oquendo, José Alvarado Jesús, Héctor Béjar ... et al.]; Luis Pásara, [entrevistas].-- 1a ed.-
- Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú, Fondo Editorial, 2017 (Lima: Tarea Asociación Gráfica Educativa).
396 p.; 24 cm.

Incluye referencias bibliográficas.
D.L. 2017-07453
ISBN 978-612-317-274-9

1. Realidad peruana - Siglo XXI 2. Intelectuales - Perú - Entrevistas 3. Celebridades - Perú - Entrevistas 4. Problemas sociales - Perú 5. Participación política - Perú 6. Perú - Política y gobierno - Siglo XXI 7. Perú - Condiciones sociales - Siglo XXI 8. Perú - Condiciones económicas - Siglo XXI I. Oquendo, Abelardo, 1930- II. Alvarado Jesús, José III. Béjar Rivera, Héctor, 1935- IV. Pásara, Luis, 1944- V. Pontificia Universidad Católica del Perú

BNP: 2017-1864

La ilusión de un país distinto
Cambiar el Perú: de una generación a otra
© Luis Pásara, 2017

© Pontificia Universidad Católica del Perú, Fondo Editorial, 2017
Av. Universitaria 1801, Lima 32, Perú
feditor@pucp.edu.pe
www.fondoeditorial.pucp.edu.pe

Diseño, diagramación, corrección de estilo
y cuidado de la edición: Fondo Editorial PUCP

Primera edición: junio de 2017
Tiraje: 1000 ejemplares

Prohibida la reproducción de este libro por cualquier medio, total o parcialmente,
sin permiso expreso de los editores.

Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú N° 2017-07453
ISBN: 978-612-317-274-9
Registro del Proyecto Editorial: 31501361700693

Impreso en Tarea Asociación Gráfica Educativa
Pasaje María Auxiliadora 156, Lima 5, Perú

HÉCTOR BÉJAR

«LA MEJOR UTOPIA, CUANDO PASA POR LA GENTE SE INUTILIZA
O SE PERVIERTE. ES UN PROBLEMA QUE NO TIENE SOLUCIÓN».

Creo que la idea de que el mundo puede cambiar, o debe cambiar, en mi caso va por tramos. El primer tramo es peruano y lo recibí en el ambiente de mi infancia, en mi casa: mucho amor por los Andes, mucho amor por los hombres que en esa época llamábamos indios —porque entonces no se hablaba de campesinos—. Tengo muchos recuerdos de mi padre: mucha música, mucho arte y mucho de aprista, del aprismo del Haya de la Torre de los años cuarenta. Creo que la primera idea no fue propiamente una idea racional, fue un sentimiento de emoción que tenía que ver básicamente con el Perú andino; era una cosa reivindicativa, de lavar injusticias. Todavía no era una visión amplia porque la visión más amplia que percibí, sobre todo en mi padre, estaba referida a América Latina y era una visión del APRA: una América Latina unida, un canal de Panamá internacionalizado.

Mi padre estuvo en la promoción de la revolución universitaria de 1930 y en la Casona de San Marcos cuando fue invadida por las tropas de Sánchez Cerro. Y su manera de relacionarse con el APRA era, especialmente, a través de la música. Él organizó una orquesta sinfónica a partir de 1945, él enseñó a los apristas a cantar La Marsellesa bien cantada. Fue rector de la Universidad Popular González Prada en Chosica, donde nosotros vivíamos. Su entrada fue entonces cultural y, por tanto, su adhesión era muy emotiva, pero también muy crítica. Cuando íbamos a la Casa del Pueblo y en las manifestaciones, él señalaba el cambio de comportamiento de los líderes, que no le gustaba para nada. Esa fue su manera de ser.

Cuando era pequeño, vivíamos en Ricardo Palma, un pueblito que quedaba a seis kilómetros de Chosica y, en esa época, relativamente lejano de Lima. Entonces no había televisión, en mi casa recién tuve radio a los diez años porque mi padre prohibió todo aparato radiofónico. La música la hacía él. Iban los amigos de mi padre, casi todos apristas, artistas o gente del periodismo de la época y había ese tipo de reuniones. A veces asilamos en casa a los perseguidos. Fue un ambiente... guardo mucho cariño y mucha nostalgia por esa época.

Esta primera formación mía —cercana al APRA, a González Prada, a Ciro Alegría, a Vallejo, a pesar de que Vallejo no era aprista— se condensó cuando entré a la universidad. Allí la utopía era el socialismo, incluso podríamos decir el comunismo porque tenía un nombre y una realidad concreta: la Unión Soviética. Me relacioné entonces con el Partido Comunista y entré a él. Yo adoré a la Unión Soviética estaliniana, a la Unión Soviética anterior al vigésimo Congreso. Pero solo llegué a conocer la Unión Soviética ya en el gobierno de Velasco, cuando ya no era propiamente comunista estalinista ni nada parecido.

Lo primero que me fascinaba era la guerra civil española... con las brigadas internacionales. Había sido una tragedia, pero, al mismo tiempo, una proeza de valentía, de coraje tremendo. Luego, la resistencia de los comunistas al fascismo en Europa, especialmente en Francia —se han escrito después muchas novelas sobre este asunto—, fue una época heroica, que tuvo sus héroes, sus presos, sus mutilados. Y luego los primeros años de la fundación de los Estados socialistas en Europa Oriental; por supuesto, en esa época no había un Ceausescu y nadie hablaba de los que construyeron esas satrapías que hubo después. Lo que nos alimentó, a mí y a esa generación, fueron esos primeros momentos que enlazaban el heroísmo de la resistencia contra el nazismo, el heroísmo de Stalingrado, con la entrada triunfal del Ejército Rojo a Europa oriental y la construcción de los primeros Estados socialistas allí. Lo otro vino después, relativamente rápido y con eso vinieron las dudas y todo lo que traían.

Como era secretario de prensa del partido —lo había sido en la ilegalidad y luego en los primeros años de legalidad—, recibía mucha prensa comunista. Fui de los primeros en recibir el informe de Kruschev que, al principio, creíamos que era una falsificación de la CIA y después descubrimos que era verdadero. En realidad son dos informes. Uno es el informe más conocido y sensacional, del XX Congreso en 1956. Pero hay otro que es mucho más terrible, mucho más detallado, que es el del XXI Congreso. Esto abrió una discusión en el movimiento comunista internacional. Yo recibía mucha literatura del Partido Comunista Brasileño, que era un gran partido en esa época, y que abrió el debate. Se precipitó la división del Partido Comunista Brasileño cuando se planteó que todo este asunto significaba que el movimiento comunista internacional había dejado de tener un país líder: ya no existen países líderes. Es decir, todas las canciones que cantábamos a la Unión Soviética, el culto a la personalidad —decían en el Partido Comunista Brasileño— no es solamente una desviación, es un sistema. Por supuesto, yo me afilié rápidamente a esta posición. En el Perú, como de costumbre, teníamos un medio relativamente desinformado; no quiero usar el término mediocre —que me parece pésimo, demasiado vanidoso—, pero sí diría desinformado, muy limitado. Los grupos que planteábamos estos temas

éramos muy pocos y no tuvimos ninguna repercusión en lo que era el aparato del partido en esa época.

Ese periodo fue muy breve, porque en 1959 vino la revolución cubana, que rompió esta discusión y planteó un tema absolutamente nuevo: el tema del poder. Yo, como por un tubo, me fui por ahí. Estaba preparado, sentimental y formativamente, para eso. Entró entonces una nueva generación que no tenía que ver con lo anterior porque no venía de la corriente comunista previa, eran los chicos que venían post XX Congreso. Por supuesto, tomamos a Fidel como líder y a Cuba como país líder, pero no en los términos de la Unión Soviética, que era un Estado mucho más consolidado y mucho más grande. La relación con Cuba fue con un liderazgo de otro tipo, un liderazgo en movimiento, en aventura, en color, también en música, en el que veíamos a Fidel. La diferencia de edad entre Fidel y yo no era muy grande; no podía ver a Fidel como podía ver a Kruschev o a Stalin. Fidel era una especie de hermano mayor que venía a tu campamento y comía contigo, probaba la sopa, hacía bromas; era algo distinto. Pero no dejo de reconocer que en esta época había una vinculación muy fuerte, casi dependiente de parte de nosotros, respecto a Fidel.

«CUANDO SALÍ DE PRISIÓN Y CONVERSÉ
CON VELASCO, Y DECIDÍ LO QUE
DECIDÍ, ENTRÉ CON UNA DECISIÓN
MUCHO MÁS MADURA, MÁS PENSADA,
MUCHO MENOS INOCENTE».

Siempre viví la revolución de Velasco como utopía, pero era una forma distinta de verla porque ya había pasado muchas experiencias, había leído muchísimo sobre América Latina y sobre Europa. A mi prisión —porque estaba preso en 1968— llegaba toda la literatura francesa, toda la literatura del 68, todo lo que se enseñaba en las universidades, todo llegaba con los periódicos y las revistas que me mandaba una inolvidable amiga francesa que se llamó Desirée Lieven, que era una anciana absolutamente solidaria, rusa de origen, que casi me tomó como hijo adoptivo. Por correspondencia me llegaban cantidades de libros y los devoraba. Eso me ayudó mucho a comprender el fenómeno de Velasco. Cuando salí de prisión y conversé con Velasco, y decidí lo que decidí, entré con una decisión mucho más madura, mucho más pensada; no sé si decir fría pero sí mucho menos inocente.

Para mí el fenómeno militar no era nuevo; estaba en una actitud de comprenderlo, no repudiarlo. Cuando en los años sesenta estaba en la sierra, por radio me enteré de la invasión de Estados Unidos a Santo Domingo y la lucha de Caamaño, que era un militar. Había estado en Bolivia antes y había conocido la lucha de los presidentes bolivianos Busch y Villarroel contra la oligarquía minera del estaño que era llamada «la rosca». He tenido amigos peruanos que vivían en Argentina y aprendí de toda esta discusión que había en la izquierda sobre el fenómeno de Perón.

Lo que me decidió a trabajar con los militares fue, como me dijo alguna vez Carlos Delgado, pensar que esta gente era un grupo pequeño sumergido en una enorme institución como las Fuerzas Armadas, y no debíamos dejarlos sin ayuda. Hice el paralelo de cuando nosotros estábamos en la guerrilla, absolutamente solos en el mundo; esta gente estaba en otras condiciones pero también estaba sola; no se les podía dejar solos. Eso —que no es solo político sino también un ademán sentimental— fue lo que me decidió a meterme. Con Delgado y otros amigos entrañables de esa época fuimos construyendo y dando forma a lo que ahora se considera que fue la utopía del gobierno militar.

Hice un libro, *Mito y utopía*, que publiqué hace cuatro años. La utopía es una gran idea que marca nuestra vida y creo que es indispensable. Las utopías son necesarias, pero deben ser construidas y confrontadas con la realidad. Veo el caso soviético y el caso cubano como experimentos; el caso venezolano ahora es un experimento. Son experimentos hacia algo. No son desechables, de ninguna manera. Tienes que ver qué pasó ahí, qué es lo que no tienes que repetir y qué es lo que efectivamente debes desechar.

Si quieres hacer un proceso fuerte en un país, no puedes ignorar que la revolución no puede ser solamente el efecto de una minoría que logra ganar la cúspide, sino que tiene que ser movilizadora y dialogante. Tiene que ingeniárselas para congregar las verdaderas fuerzas, que son mentales, psicológicas, sociales, religiosas. El secreto es descubrir qué es lo que hay debajo de cada proceso social, histórico.

Lo que llamamos la Unión Soviética fue la prolongación de la gran Rusia, de la madre Rusia, con todo lo que ese gran país tuvo, de bueno y de malo. Esa fuerza a la que Rusia apeló y la llevó a vencer el poder nazi no fue solamente la fuerza comunista. Es imposible pensar en Rusia sin pensar en el cristianismo ortodoxo. Cuba es un caso muy parecido. Fidel es la consecuencia de muchos años de Cuba, la última colonia española en ser liberada. Esto tuvo efectos buenos y malos. Entre los efectos buenos, Cuba fue durante una larga época un país privilegiado por España. Ves la influencia española en Cuba; es una influencia de una época en la que los círculos intelectuales españoles viven una especie de renacimiento tardío. El intelectual cubano es todo eso; incluso los curas cubanos que fueron intelectuales eran

profundamente racionales y no tenían nada que ver con lo que Mariátegui veía en la Iglesia peruana. Ese complejo de religión africana, de la España tardía, más la lucha con Estados Unidos, eso es Cuba. Esa es la montaña que está detrás de la revolución cubana, con todos sus defectos. Debajo de esa capacidad de resistencia que ha tenido el país frente a los Estados Unidos hay una montaña que es cultural.

El velasquismo fue mucho más débil, por la configuración especial del Perú. A diferencia de Cuba, los ecos de la peor dominación colonial que hubo en esta región, todavía los padecemos. Aquí hay una montaña, pero la que nosotros tenemos es una montaña llena de colonialismo y racismo, porque no fue fácil lo peruano. Los historiadores que han escrito sobre esto apuntan que el ejército peruano fue un ejército colonial, los jefes de ese ejército colonial fueron luego presidentes de la república del Perú. A ese tránsito hoy día lo llamaríamos transfuguismo. Esos transfugas —a veces con razones y otras, sin ellas— no llegaron nunca a hacer el paso de una cultura monárquica a una cultura republicana; algunos con consecuencias trágicas, como La Mar, que es el más respetable de todos ellos, junto con Orbegoso y Santa Cruz. Los más repudiados son Gamarra, Riva Agüero, Torre Tagle.

Te encuentras con todo ese peso todavía hoy día. Todavía hay preguntas que no hemos respondido, problemas que no hemos resuelto y que vienen desde esa época. Y esto tiene que ver también con el movimiento popular, porque el peso del movimiento campesino —que ahora está actualizado a partir del tema minero— también es producto de una modernización difícil, complicada, compleja, llena de taras, de basuras.

Posiblemente hay gente maravillosa, desconocida por nosotros o que es menos conocida o de la cual injustamente no nos acordamos, que es la gente que luchó y peleó, la gente que no cometió crímenes y se sacrificó, que perdió en algunos casos, que venció en otros, pero la historia no la hace esa gente. Una pregunta que hace pensar es por qué nos acordamos de alguna gente y no de los otros.

«HABLANDO DESDE EL PUNTO
DE VISTA DE LA UTOPIÍA, LLEGAS
A TENER PODER Y TE DAS CUENTA
DE QUE MUCHAS DE LAS COSAS
CON LAS QUE SOÑASTE
NO SON POSIBLES».

Al comienzo, ingenuamente, pensaba —como toda mi generación pensó— que la revolución es la toma del Palacio de Invierno: tomas el poder y ahí está. Pero viví la época de Velasco y luego leí el que creo que es uno de los más grandes libros de García Márquez, *El otoño del patriarca*, que te enseña que quien tiene aparentemente todo el poder, no tiene nada: un gran dictador que no gobierna nada, porque lo gobiernan a él; no puede ver ni siquiera la realidad porque se la pintan, se la dicen, se la cuentan. Antes se decía «fuera del poder todo es ilusión» y ahora uno podría decir que el poder es una ilusión. Hablando desde el punto de vista de la utopía, llegas a tener poder y te das cuenta de que muchas de las cosas con las que soñaste no son posibles. Pero no porque no se puedan hacer sino porque encuentras miles de obstáculos para lograrlas. Yo vivía eso en la época de Velasco.

¿Qué es lo que pasa? Creo que una respuesta es que eso pasa por la conciencia de la gente. Para mí, incluso el asunto ya no es el sistema. Cuando lees las ideas liberales auténticas, son grandes ideas y hay una utopía liberal, como hay una utopía socialista. ¿Por qué esa utopía no se hace carne y hueso? Porque tiene que pasar por los seres humanos, que tienen determinados condicionamientos, determinadas limitaciones —también psicológicas— que hacen que el mejor sistema o la mejor utopía, cuando pasa por la gente se inutiliza o se pervierte. Es un problema que no tiene solución.

Stalin fue importantísimo; sin este hombre probablemente la Unión Soviética no habría ganado la guerra. Fue un criminal, sí, pero no es porque «mal de muchos, consuelo de tontos» sino que uno lee cómo en esa misma época los ingleses y los norteamericanos decidieron bombardear a la población civil alemana en Dresde, en Hamburgo y cómo decidieron mandar a los chicos norteamericanos a la muerte en Normandía... Fue una época de criminales. Unos criminales triunfaron sobre otros o quizás unos menos criminales vencieron a otros más criminales, y aún ahora sigue siendo lo mismo. Entonces llegas a una conclusión atterradoramente pesimista sobre la humanidad y solamente una posición filosófica te puede ayudar a explicarte los males del mundo.

De mis grandes crisis, la primera fue entre 1958 y 1959. Tenía todo esto del XX Congreso del Partido Comunista, tenía mi percepción de lo que era realmente el Partido Comunista en el Perú, mi decepción, mi desencanto con todo eso. ¿Qué me sacó de esa crisis? La revolución cubana. Convertí esa crisis en una emoción que me llevó hasta los cerros.

Lo que vino luego no fue crisis sino una lucha, problemas, prisión, etcétera. Vino la muerte del Che —que sentí muchísimo— y ahí sentí que toda esa época había terminado. El gran proyecto que fue la revolución cubana como movimiento internacional, no como revolución, terminó en octubre de 1967 con la muerte del Che. Percibí eso clarísimo. Entre 1967 y 1969, para mí, ya no había nada que hacer.

Luego viene esa época de las reformas de los militares y el inicio de mi comprensión —que fue muy difícil para mí también— de lo que entonces llamábamos el proceso revolucionario, y tomé ese camino. Luego en 1975 el golpe contra Velasco; para mí fue un golpe muy fuerte. Me quedé paralizado y me dediqué a estudiar, a mantener los contactos, durante años. Entonces, mis grandes crisis se dieron entre 1958 y 1959, la primera; la segunda en 1975. Esas fueron, no ha habido más.

«LA REVOLUCIÓN NO ES ANGELICAL.
ES UN TERRITORIO DONDE TAMBIÉN
ENTRAN LOS DELINCUENTES
Y EL HECHO DE QUE TE DIGAS
REVOLUCIONARIO NO
GARANTIZA NADA».

En relación con la lucha armada, al comienzo tenía una actitud de decir: «Bueno, nosotros fracasamos porque éramos unos tontos, unos novatos, bisoños, por pretender mucho». En las luchas por la independencia todos tenían carrera militar, no eran chiquillos que se metían a la guerra luego de un curso de un año sino gente que tenía mucha experiencia. Comparados con esa gente, éramos efectivamente unos bisoños, unos tontos, lógicamente nos tenía que pasar eso. El asunto no era tanto la relación con los campesinos, sobre lo que se hizo mucha literatura en aquella época, el tema estaba en nosotros. Y qué suerte tuvimos de que llegara un proceso como el militar con el que me sentía reivindicado o veía un hilo conductor entre lo que nosotros hicimos y lo que hicieron después Fernández Maldonado, Leonidas Rodríguez, Velasco y otra gente. Para mí eso era una explicación satisfactoria.

Pero en América Latina vino la gente que quería seguir y yo era ya muy crítico respecto a esas posiciones. Había conocido mucha gente en la prisión y sabía que la revolución no es angelical. Es un territorio donde también entran los delincuentes y el hecho de que te digas revolucionario no garantiza nada. Tenía una posición cada vez más crítica y esto se agudizó con el caso de Colombia, con los Montoneros en Argentina: entre ellos tenía amigos que me visitaban y algunos eran gente en la que yo percibía una actitud que distaba muchísimo de la actitud idealista que nosotros teníamos. Esto me fue alejando, haciendo tomar distancia.

Cuando llega Sendero, al comienzo vi como una posibilidad —debe haber sido en los primeros días— pero, después, cuando comienzan los perros colgados en los postes y ese tipo de lenguaje, que yo había conocido en el Partido Comunista,

con esa actitud rabiosa, fanática... Para mí no era una novedad porque eso lo tuvimos en el Partido Comunista y nosotros lo habíamos combatido. Esta vez tomó cuerpo y usó el terrorismo. Por supuesto que jamás estuve de acuerdo con eso y pasé a tener una actitud distinta respecto de la lucha armada y a entender que la lucha armada por sí no te garantiza nada. Las armas son las armas; el asunto es quién las maneja: puede manejarlas un delincuente o puede manejarlas un santo.

Vivir en el Perú es escuchar, vivir y ver, rozarte con la gente tal como está ahora el Perú y, entonces, la conciencia se te va encogiendo cada vez más y tienes la tentación de pensar que aquí ya todo se acabó, que no hay remedio, que aquí vamos a tener que pasar decenas de años para que incluso este país pueda existir como país, porque sientes que también como país empieza a desaparecer. Entonces, tú mismo te defiendes y haces un acto de voluntarismo y dices: «No, no me dejo llevar por esto porque voy al suicidio».